

# EL CRISTO DE ELQUI

Por <sup>22</sup>  
ANTONIO CAMPAÑA\*

La permanente insurrección poética que representa la conducta lírica de Nicanor Parra, alcanza gradaciones que insisten en dar una respuesta de su circunstancia y del alrededor. Desde los antipoemas hasta sus detonantes artefactos, el poeta nos ha ido mostrando que la vida no es un mero transcurrir mental o sentimental, sino un vivir que toma el ritmo del pulso de la existencia. Poner de manifiesto, dar vuelta los pliegues de su envoltura, practicar una disección de la realidad individual frente a la sociedad contemporánea, es su actividad fundamental.

Nos crea así el poeta testimonios que nos van dando una respuesta que comienza y se va expandiendo, dosificadamente, en temas y subtemas, sobre las características de este mundo circundante, de este mundo que provoca su angustia personal y que desemboca en la argumentación del energúmeno en *Los Artefactos* como máxima expresión de la rebeldía.

Este energúmeno, tras imprecaciones en que todo está permitido para ejercitar su poder liberador, en las cuales se observa el comportamiento de los hechos sublimes al lado

de los del *humoir noir*, logra una autenticidad que va tras el alma de los seres y la savia de las cosas. Este privilegio, del que Parra usa y abusa, para desocultar la realidad particular y general, nos corrobora que los poetas —como muy bien lo expresa Julio Ycaza Tigerino— son los hombres claves de su tiempo. Estos poetas no pasan por su época al margen de la realidad sensible. Por el contrario, la viven con mayor intensidad, la observan penetrando su mundo hasta las profundidades abisales. Pasan a ser de esta manera los grandes buceadores de los sucesos sociales. De ahí que sean los más penetrantes sociólogos. Solamente el poeta es capaz de percibir la realidad humana, lo que lo rodea, la que nos entrega por medio de su poesía.

---

## PRESENCIA DE UN GRAN DELIRIO POETICO

---

Con la publicación de *Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui*, la poesía de Nicanor Parra se desplaza del estado detonador a que la había llevado el energúmeno latente en *Los Artefactos*, desde los síntomas de la blasfemia poética, hacia una gradación que, sin ser nueva en la poesía del autor, no deja de sorprender

\*Poeta, ensayista, profesor de Introducción a la Historia del Arte, Universidad de Chile. Presidente del Ateneo de Santiago.

entre todos hacemos con nuestras manos, nuestros ojos, nuestro cerebro y nuestros labios. La realidad de América es material, mental, visual y sobre todo, verbal: hable castellano, inglés, portugués o francés, el hombre americano habla una lengua distinta a la europea original. Más que una realidad que descubrimos o hacemos, América es una realidad que decimos”.

Esta nueva y otra Independencia es la manifestación de la revolución lingüística y literaria del Continente; puesto que mientras el español de España está sustentado en la tradición del casticismo, el español de América se sostiene en la hibridez, el mestizaje, la ambigüedad, en proceso de construcción día a día.

En esta meditación constante sobre el lenguaje, estimado como una dinámica y un desafío. Afirma que “...el lenguaje es un cuerpo, una realidad física. Hemos convertido al cuerpo como un mero instrumento de comunicación y no en fuente de contemplación y de goce. El cuerpo, como el lenguaje, es también espíritu, significación...”.

Hablar y escribir es estar exiliado. En *Mono Gramático* (1974), desarrolla esta idea al concluir que el hombre es un ser excepcional en el universo porque habla. La historia de la humanidad es una serie de interrogaciones y respuestas sobre religiones, guerras, filosofías, artes. Las palabras y las cosas no coinciden.

Hay una falta de concordancia entre lo visto y lo dicho. Los nombres son sólo un puente entre las cosas y nosotros. Los hombres estamos sujetos al cambio y a la fugacidad. Esta condición de errante es su condición de vida: la fijeza es siempre momentánea.

En la *Poética* (*El arco y la lira*, 1956) y en la *Filosofía* de Paz no hay nostalgia del pasado ni proyección en el devenir: todo está anclado en el tránsito del presente.

De la anterior afirmación se infiere una inédita perspectiva de la literatura y la cultura: la modernidad como tradición. La negación de la tradición es la sustitución en la modernidad, por otra tradición. Lo antiguo

no es pasado, es comienzo: “la historia del arte moderno de Occidente es también la de las resurrecciones de las artes de muchas civilizaciones desaparecidas”.

La comprobación de la corriente arcaizante del arte y la literatura contemporánea en Herder, Pound, Delacroix, Breton y, por supuesto, en Octavio Paz borran las fronteras entre lo antiguo y lo nuevo, entre lo lejano y lo cercano.

Sería imposible pretender abarcar en un breve comentario el análisis de Octavio Paz como poeta o ahondar en su ideario extenso y complejo acerca de la poesía, la muerte, el tiempo, las vanguardias, la antropología cultural, su visión de América y tantos otros temas que configuran su universo de pensador.

Sólo hemos rozado tangencialmente algunos de sus postulados. Su vasta producción merece, sin duda, un estudio más exhaustivo.

El otorgamiento del Premio Nobel ha suscitado—como siempre ocurre—discusiones, polémicas y descalificaciones.

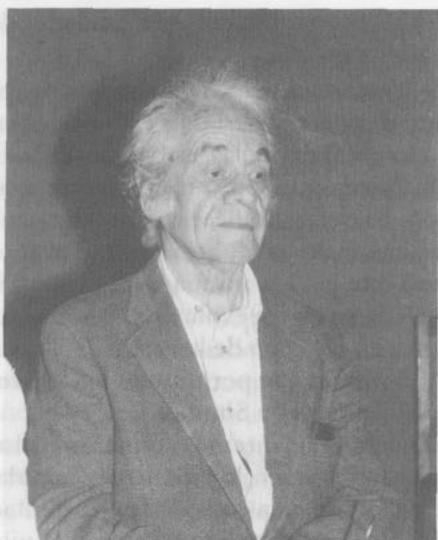
Consideraciones extraliterarias a menudo desvían la objetividad de la crítica.

Se olvida frecuentemente que el artista, en muchos casos, transita por doctrinas antipódicas. Si el lenguaje es la expresión del pensamiento se explica la indefinición puesto que el lenguaje literario tiene por definición el sello de la ambigüedad, de la búsqueda. Los titubeos políticos de un autor no desmerecen la calidad de su producción artística.

La poesía congela el instante o sea todo aquello que el poeta sintió en determinada circunstancia para ser recreado por el lector y rescatado para el presente.

Y Octavio Paz lo establece claramente: “Creo que un gran poeta escribe para sí mismo.

No ve al lector claramente... Si sucede que lo que uno escribe para sí mismo, además se convierte en algo importante para los otros, especialmente para los jóvenes, es que lo has conseguido. El gran premio para mí es ser leído con la misma pasión con la que yo he leído a los viejos poetas cuando era joven...”.



Nicanor Parra

por las formas que utiliza. El desplazamiento de los estados vociferantes, de los anatemas de la demolición del energúmeno, lo logra el poeta eligiendo los caminos de los sermones y las prédicas. Estos caminos líricos, dentro del desarrollo popular en que vienen expuestos, de su aparente simplicidad lingüística, del sarcasmo envolvente que los distingue, nos participan de una realidad dramática, plena de sustantiva sabiduría, de profunda palpitación humana.

El poeta pasa entonces desde el estado de energúmeno al de predicador, hecho singular, especialísimo, en el desarrollo de su poesía. Esta nueva corriente que la impulsa logra recoger situaciones notables, una suerte de intimidad receptora que va más allá de la dosificación expresiva que la porta. Porque estas prédicas y sermones, que arrancan de lo popular, tocan los hechos más importantes de la individualidad del hombre de esta tierra.

Por medio, pues, de los sermones y las prédicas, el poeta vuelve a someter el alma nacional a novedosos encuentros. Es la manera que él tiene de acercarse o ver el núcleo de los hechos de la nacionalidad. Se suelta en él aquella facultad recreadora de las esencias, esa codificación de los zumos de su país que Parra muestra desde los inicios de su obra.

En los sermones esta simpatía por las costumbres que sustenta la chilenidad vive una nueva pasión, está vivificada, y sus formas esenciales vuelven a nuestra preocupación: se apoderan de nosotros, se hacen tan nuestras como la vigilia del poeta que nos traspasa el poder de esas raíces. Nunca se hablará bastante de la importancia que tiene en la poesía de Parra que sus poemas, antipoemas, sus artefactos, sus sermones y prédicas, contengan esta expresión notable de nuestras esencias.

La obra tiene su centro en el apócrifo discurso del Cristo de Elqui, personaje real que vivió en Santiago antes del medio siglo, a quien siendo niños conocimos. Era un hombre de mediana estatura, fino, de largos cabellos, que vestía el sayal, de gestos nerviosos, que a nosotros entonces nos produjo temor. Por medio de este personaje real, que no obedece a la invención del poeta, un mediun *made in casa*, chileno por los cuatro costados, Nicanor Parra halla el medio *sine qua non* para lanzar esta nueva prueba de su expresión, en que a la prédica adiciona el sermón abierto como sacudida de las raíces.

*Los Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui* se surten de una realidad sugeridora, a la cual el hablante le aneja giros imprevisibles, inverosímiles, formas humildes a veces, trascendentes en otras, hechuras por lo demás de un universo caótico, lleno de posibilidades dispersas que tienden a abrir los hechos de la existencia auténtica, a lograr la raíz de su fundamento.

Estamos en presencia de un poema delirante, de un gran delirio poético, de un delirio a flor de tierra que quiere, mostrándonos en su desnudez, modificar las formas de lo viviente.

El delirio del hablante se produce por medio de hondas exploraciones dentro de la realidad del mundo del ser. El desprecio y el agrado que esta visión le procura le turba y nos turba, porque el rechazo o aprecio de los valores que nos conmueven liberan, en su caso, una potencia que se transforma en un nuevo espectáculo. Un nuevo espectáculo que como en la obra de Hesse, *El Lobo Estepario*, no es para cualquiera. En él nos exteriori-

za, además, que predicar la certeza de una realidad es algo que puede calmar nuestra ansiedad y nuestra impaciencia.

Ello, porque la denuncia es capaz de dar vuelta la realidad y los poetas, los filósofos y los profetas lo saben.

*Los Sermones y Prédicas del Cristo de Elqui* apuntan hacia las causas de nuestro desagrado, su delirio ofrece esa maravillosa posibilidad turbadora de la que sacamos fuerzas para hacer frente al escenario del mundo. Es la posibilidad que nos ayuda en nuestra flaqueza, la que nos impulsa a creer en los esfuerzos del hombre. El poeta, como Santayana, cree que "tal vez exista un sentimiento inarticulado de que si los propósitos humanos se tacharan de vanos no quedaría nada por lo que valiera la pena vivir, y de que las ilusiones deben mantenerse a cualquier precio para que no se derrumbe todo". El poeta no demuele para terminar con lo existente. Por el contrario, el sermón y la prédica, si destilan acritudes e irreverencias, es en aras de estar al servicio del mundo, al lado de una humanidad doliente que quiere expresarse hasta encontrar sus fuentes morales, las de esa vida que se aparece confusa y, por tanto, dramática. El poeta posee la inspiración y "la inspiración—como dice el filósofo—es la voz de la psique que censura e idealiza hechos extremos".

También, a semejanza del universo nietzscheano, los sermones, como otras obras de Nicanor Parra, soportan una carga de nihilismo que procura redimir al hombre de las fuerzas oscuras que lo arrastran a la baja. Se surte este nihilismo de una voluntad de mostrar el otro lado de la realidad aceptada, aquel de las conveniencias que humillan la salud del ser, el de la crueldad con que la contingencia lo estrecha entre sus redes. El nihilismo consciente de Nietzsche, como lo observa Camus, desea responder ante una herencia histórica que no le conforma. El nihilismo que se comprueba en la poesía de Parra sustenta también esta necesidad de destruir ciertos valores o, mejor dicho, de esa apariencia de valores, de la negación de aquellos otros, tanto o más engañosos, en los

cuales se amparan tantas posibilidades de fe sin saber por qué.

El acercamiento a Nietzsche que se observa en el poeta se establece por medio de algunas ideas paralelas, en ciertas situaciones de búsqueda que son coincidentes en la evolución. Es decir, no necesitará obligadamente destruir un santuario para elevar otro puesto que la vida misma se lo proporciona dentro de su lógica evolutiva: "Nietzsche encuentra en el hecho de la evolución la posibilidad de un fin que permite a la vida afirmarse", indica George Simmel.

El poeta ya no intenta caminar más al azar, precisa tener fe en la vida, creer, anudar la creencia y la lógica como la fundamentación tradicional de la realidad, señalar al nihilismo que lo convulsiona su verdadero lugar en cuanto ciertas objetividades del mundo, porque el nihilismo ¿representa la impotencia de creer? ¿O el nihilismo es sólo una posición para algunos estadios de la vida si la lógica y la creencia vienen a ser lo mismo?: "A mí me parece evidente/ que religión y lógica a la larga/ vienen a ser prácticamente lo mismo/ se debiera sumar/ como quien reza un ave maría/ se debiera rezar/ como quien efectúa una operación matemática" (xvi).

El poeta—antítesis de Huidobro—no desea ser mago, producir una finalidad maravillosa; se siente humilde, se juzga y hace referencias a lo que debe ser, a las formas de una tradición que permite vivir: "Yo soy más yerbatero que mago/ no resuelvo problemas insolubles/ yo mejoro yo calmo los nervios/ hago salir el demonio del cuerpo" (viii).

Los sermones nos presentan alternativas que Parra, tal vez por razones de desarrollo poético, no había mostrado en su totalidad en obras anteriores. Una de estas alternativas nos dice de ese impulso, que Nietzsche avala en algunas etapas de su filosofía, la que determina la concentración de fuerzas ambientales en el hombre. El mundo debe ser para nosotros los mortales nada más que como es, tanto en las realidades primeras o últimas. No se debe traicionar a la vida y a la naturaleza y las cosas. Simples o no, son ellas los mejores aliados para saltar los obstáculos, arquetipo de la traición.

Con ocasión del homenaje rendido por el Ateneo de Santiago al poeta Nicanor Parra, comparten la mesa de honor; de izquierda a derecha: Fernando Sánchez Durán, Nicanor Parra, Antonio Campaña, Presidente del Ateneo, Ernesto Livacic, Pedro Martínez y Efraín Szmulewicz.



Hay momentos en que el poeta aconseja utilizar sólo lo que está al alcance de la mano, en cualquier lado de nuestra diaria ocupación, y nos remite a practicar las costumbres primeras más no sea por medio de nociones de humildad que encaucen las vivencias y el delirio hacia la frugalidad, hacia la asepsia: "levantarse temprano/ desayuno lo más liviano posible/ basta con una taza de agua caliente" (vi).

Los giros ciudadanos que toma el lenguaje de Parra, conquistan en algunas prédicas un tono coloquial, conversacional, a la usanza de Unamuno. Pero más que descubrimientos metafóricos son expresiones obtenidas del núcleo de los hechos de la cotidianeidad. Se podría hablar de un comportamiento que llega desde los fundamentos del lenguaje nacional: "soy un hombre totalmente normal/ y perdonen si me he expresado en lengua vulgar/ es que esa es la lengua de la gente" (ix).

Es forzoso admitir que Parra emplea, naturalmente, lo que él llama *la lengua de la gente*. Esta lengua transporta giros que, de chilénísimos que son, sorprenderán al lector de otros países: "mentiría si digo que miento"; "no tengo nada contra la parentela"; "me salvé por un pelo"; "hay que tener estómago de avestruz"; "estar malo de la cabeza"; "cuando me dan los monos" y así otros, muchos otros, innumerables giros particulares.

En su búsqueda de aquella naturaleza fundamental de la vida, el poeta desarrolla en esta leyenda del Cristo de Elqui una teoría de la salvación por medio de elevar las fuerzas humanas lógicas y naturales. Nos plantea una crisis moral cuya obligación de superar no puede ser pasajera. Al igual que en Nietzsche: "La cuestión más dolorosa, más desgarradora, es la del corazón que se pregunta: ¿dónde podré yo sentirme como en mi casa?". El poeta quiere ahogar cualquier síntoma de desviación moral. Y pretende hacerlo por medio de la aplicación de una lógica implacable que aspira al orden, a la libertad del espíritu. En ellos, solamente en ellos, puede la vida sustentar sus valores. Únicamente en esa continuidad que marcha junto a la evolución le es posible al ser capturar, más no sea en los síntomas, ese relámpago de la verdad que se nos presenta al trasluz de imágenes deslizantes: "sin embargo me canso como cualquiera/ me da hambre y como como cualquiera/ tengo que ir a las casitas como cualquiera/ necesito limpiarme como cualquiera" (xxxix).

#### EL MURMURANTE RELIGIOSO

Al intentar una interpretación de la materia poética que se hacía presente en *La camisa de*

*Fuerza*, nos vimos obligados a considerar, entre todos los elementos que el libro contiene, aquellos que indicaban un acercamiento de Nicanor Parra, aunque de manera especialísima, al sentimiento religioso.

Observamos que se manifestaba cierto matiz de aproximación religioso en el autor de *Obra Gruesa* desde sus primeros versos, aun cuando no podría hablarse de un sentimiento religioso propiamente tal, sino de impulsos que llevan al poeta a identificar momentos de su mundo poético con ese otro intangible de la creencia. Consideramos que Parra parte hacia esta órbita desde una concepción materialista de la vida, que la conducta sustentada era *sui generis*, pues se acercaba al hecho religioso desde una antinomia calculadora, casi corruptora de los andamios de la religiosidad. Después de andar y desandar por esta poesía habíamos supuesto, de la manera más nítida, que Parra mantenía una actitud arreligiosa en su idea del mundo. Pero la publicación de *La Camisa de Fuerza*, nos llevó además a considerar esta conducta con mayor atención, con alguna prolijidad, pues el poeta, desde la peripecia vital que acota su obra, nos echaba encima una intimidad insistente de matices religiosos que, apareciendo disociante en principio, iba tomando cuerpo en instantes y relaciones sugerentes.

Como hemos visto, esta tentativa religiosa, al revés de la Mistral y Cruchaga Santa María, mantenía, a través de un germen antagónico, casi recalcitrante, acercamientos y pronunciamientos singulares en la poesía de Parra. Críticos con muchos antecedentes sobre la materia, lo habían advertido con sagacidad y precisión. Pero en esa ocasión pensamos que esta curiosa conducta del poeta, que esto de ir por antinomias hacia los senderos que se le aparecían atrayentes, que las irreverencias con que arremete contra los actos de la fe, eran producto de aquello que piensa Pedro Laín Entralgo cuando indica que "la vida del hombre es ensayo". Que ellos iban sustentados más que nada como fijaciones del lenguaje, por ciertas constantes que en éste condiciona la chilenidad, por el tono socarrón que no siempre encierra más que eso.

Además, como ya lo hemos señalado, el poeta exhibía una filosofía materialista de la vida, a la cual habría que adicionarle sólo algunos acercamientos metafísicos.

Estos singulares elementos religiosos en la poesía de Parra son expuestos a través de enunciados críticos, por estados en que prima el enfurecimiento, con humor corrosivo, con cierta aversión por la circunstancia religiosa que no obstante le acucia. No se advierten en Parra aquellas ansias de divinidad que se desprenden del universo de Dostoievsky o del de Kafka, pero los elementos de patencia religiosa se constituyen a menudo en una alternativa.

Así, el poeta nos desoculta una filosofía de la existencia —lo que no hace sino estar de acuerdo con la totalidad de su obra—, que lo presenta dentro de un universo materialista que lo agobia, ante el cual se rebela. Porque la idea de Dios que preocupa a Parra es la de un Dios juzgado, un ser histórico, al cual clama, enjuicia y, por cuyo intermedio, quiere salir de esa opresión en que le sumerge la vida.

Entre la mordedura doliente de los anti-poemas, entre su corrosivo comportamiento, subyace un estado de intento religioso tal un espacio que lo abriga, que lo protege, un último refugio redentor frente al desgarramiento existencial que lleva a cuestras. Existe en esta actitud una necesidad humana de salvación. Y este murmurante religioso se acerca a la fe por el más áspero, insólito, desgarrador e increíble sendero que la búsqueda de la realidad más íntima le determina. "O Dios está en todas partes/ o no está en absolutamente ninguna", llega a decir en su desesperación.

Frente a este testimonio de intención ética, el nihilismo sufre una quebradura. El poeta que lucha contra los desórdenes del mundo real eleva su visión hacia las fuerzas que lo liberen de la degradación sufriente. Y, no obstante su duda, su sensibilidad lo lleva a una instancia de contenido evangélico, a una estancia donde el nihilismo, la miseria de la desolación, queden eliminados como signos indignos de la existencia humana.

Parece que en algunos momentos el senti-

miento de Parra está dispuesto a contraer la dependencia de una realidad suprema. El hombre en el que el poeta se percibe es aquel que quiere alcanzar más allá de su finitud, el que pretende llegar al reconocimiento de su miseria. Es el mismo hombre que por caminos contrarios, sin sentirlo acaso, la ha ido solicitando en medio del mundo, dándose contra los muros, soberbio e indigente, presto a rebelarse o a implorar, como Unamuno.

Con su obra *Del Sentimiento Trágico de la Vida*, Miguel de Unamuno descarga sobre la literatura y el pensamiento de habla hispana un tumulto de ideas y sensaciones que van tras desentrañar lo que algunos llamarían el hombre concreto. Unamuno desea conquistar una visión del "hombre de carne y hueso", y por ello busca más allá de un humanismo unilateral. Nuestra realidad necesita ser redescubierta desde un lado más hondo, en la entraña misma de la vida, la cual aniquila, seduce o salva, a quien se adueña de su riqueza de relaciones. Es la vida la que determina la situación del hombre. El conocimiento tendrá que ser, únicamente, una razón vivencial, junta y no despegada de lo vital de la existencia.

En la mayor parte de sus obras, verbigracia los sermones, Nicanor Parra se encuentra dentro del mismo ámbito. Y tanto para nuestro poeta como para Unamuno esta factibilidad los lleva a penetrar aquello que este último designa como el sentimiento trágico. Este sentimiento trágico aparece en ellos cual un instinto, tal un modo de justificar la naturaleza humana. Esto es: justificar la vida desde su contingencia, pero más que la vida, el anhelo de fijar una realidad más profunda de una vez para siempre: en suma, las ansias de inmortalidad Parra se encuentra, al igual que Unamuno, ante una necesidad de subsistencia nítida, ante una obligación de traspasar las fronteras del simple ensayar, puesto que éste adquiere características de exterminio, de hados de muerte. El sentimiento trágico pugna entre la vida y la razón, nos ata a su miseria ineludible. Es, pues, necesario ir tras la salvación. El apoyo para ella es así tan indispensable como su existencia misma.

Al analizar esta proposición del senti-

miento de Unamuno, Ernst Robert Curtius nos dice: "Del abismo de desesperación se levantará una nueva certeza, capaz de apoyar nuestra vida, nuestro obrar y nuestro pensar. Quien haya pasado por esta angustia del alma, esta dialéctica de la conciencia, abrazará a su prójimo con un amor lleno de compasión. Y este amor compasivo irradiará luego hacia lo viviente y después hacia todo lo existente, acabando por abarcar el mundo entero".

Si bien no existe una identidad entre los acercamientos —ello no sería posible— de Parra y Unamuno hacia ese mundo que se revela como Dios, hay una simpatía de situaciones que los acercan. En cuanto Unamuno, Curtius propone: "Dios es para él la totalidad de todas las conciencias individuales, y sin embargo distinto de ellas como conciencia personal. El alma individual es una idea del espíritu divino, pero éste sólo se realiza en el alma y a través del alma Dios nos crea y nosotros lo creamos a El. Creer en Dios es querer que exista Dios. Pero, ¿existe ese Dios? ¿Tiene esta persona eterna y que nos eterniza, un ser independiente de nuestro anhelo?".

Por su parte, en Parra, este sino trágico de Unamuno, sus ansias de inmortalidad, libera situaciones coincidentes: "O Dios está en todas partes/ o no está en ninguna". En este punto la idea de Dios se va arraigando, la angustia quiere disolverse ante esta idea. En Parra este aparecer de Dios pretende poner término a la desesperación. El blasfemo junto al murmurante religioso que hay en el poeta, al cual acucian sostenidas ráfagas de fe, siente a la manera unamuniana. No olvidamos que Unamuno trabajó reuniendo apuntes para redactar un *Tratado de Amor de Dios*, lo que finalmente no hizo. Así, nuestro poeta se forja diálogos en que la idea de la trascendencia no está ajena, incluso a través de su roturada blasfemia.

En sus *Sermones y prédicas del Cristo de Elqui*, Nicanor Parra vuelve, pues, como en *La Camisa de Fuerza*, a sostener esta preocupación por el tema de Dios. Sus referencias son insistentes, las que envuelven a la iglesia, a Cristo, al sacerdocio. El hablante en su delirio imita-

tivo de Cristo resucitado, de Cristo pensado en la persona de ese hombre de Elqui que remeda la idea física de Jesús, va recogiendo en sus sermones instancias de acercamientos a Dios pese a ir envueltos entre acontecimientos de ordinaria ocurrencia: "Recen por mí" —dicen algunos católicos/ "yo no tengo tiempo para rezar/ tengo que ir a un baile de máscaras/ a la vuelta le doy una propina"/ A esos hay que pararlos en seco (xv). Y luego: "los sacerdotes deben aprender a cantar/ un sacerdote mudo no convence/ eso sí como reza San Agustín/ en el canto eclesiástico/ no se permite la expresión personal/ la voz no debe superar el verbo/ puesto que el fin es el contacto con Dios/ y no con un artista de las cuerdas vocales" (xxii).

En ocasiones, el universo de Parra vuelve a lindar con el mundo dramático de Dostoievsky: un mundo apocalíptico, con marejadas religiosas abundantes, en que la libertad sólo se alcanza por el sufrimiento, pero en cuanto que este sufrimiento se hace cada vez más doloroso, más insoportable. De ahí que ciertos personajes de Dostoievsky vivan siempre entre el tránsito hacia la libertad y la felicidad.

Ellos nos proyectan una concepción particular, una vivificación del mundo, pero desde la sensación de la existencia. "Dostoievsky no fue solamente un gran artista, sino también un gran pensador y un gran vidente. Es un formidable dialéctico y el mejor de los metafísicos rusos", nos corrobora Nicolás Berdaieff para agregarnos más adelante: "Su arte es como una llamarada de fuego de las ideas. La vida de éstos se desarrolla en una atmósfera incandescente; Dostoievsky no tiene ideas *glaciales*, porque tales ideas no le interesan. Por cierto que hay en él algo del espíritu de Heráclito: todo es ardiente, dinámico, todo se mueve entre las contradicciones y la lucha".

Este universo, traspasado de una pulsación religiosa, tiene proximidades y complicidades con el orbe poético de Nicanor Parra. El poeta se ha propuesto desmistificar, y por ello trabaja con formas, causas y visiones del mundo. Es cual una aventura de la liberación, pero una aventura de la libertad que

apela a la moral para encontrar la realidad del mundo.

Del mismo modo que en Dostoievsky, los acercamientos, la insistente preocupación del poeta por los temas de la trascendencia, que apuntan desde el principio de su obra como otra de sus propensiones, no son ajenos a esa agobiadora realidad circundante que punza en su sentimiento. En ambos está clara aquella necesidad de dejar a un lado los contratiempos que impiden al hombre gozar de la perfección de lo creado, del júbilo paradisiaco. La liberación de las formas inoportunas, los obstáculos, del *pathos* de la existencia, para que el ser humano viva la belleza de la vida directamente, sin funestos intermediarios, es otro de los ejemplos que la poesía de Parra y la narrativa de Dostoievsky nos ofrecen en su afán desmistificador. Ezra Pound, como otro ser conmocionado por los problemas últimos, había tenido también estos estremecimientos de aperturas para asirse de la perfección del mundo.

Este sentimiento religioso que se observa en buena parte de la poesía de Parra, ha sido tema que José Miguel Ibáñez Langlois ha incursionado con acierto. La sensibilidad e inteligencia del crítico y su dominio del tema hacen interesante conocer su opinión. Dice Ibáñez Langlois: "He hablado en diversas oportunidades del sentido religioso de los antipoemas. Concedo que la afirmación extraña, pero no más increíble que la ya frecuente atribución de un sentido cristiano a la obra de místicos al revés, como Rimbaud, o de desgarrados pregoneros de la muerte de Dios, como Nietzsche, o de semicreyentes agónicos, como Unamuno.

Este delirio lírico de Nicanor Parra es una suerte de aventura que nos envuelve como si fuera otra vida que llega a la nuestra. Un testimonio de las transformaciones indispensables que será inevitable acometer, una revelación que pretende ayudarnos a dar término a las pesadillas y su duración. Pero, cuidado: en estos sermones hay que interpretar lo que Parra dice —y no como lo dice—, para llegar a comprender los fines de esta literatura que se hace cada vez más directa en sus afanes de desocultar la realidad de los seres y de la sociedad.